

La Revolución en Venezuela Una entrevista con Jovito Villalba

Por NICOLAS GUILLEN

= Envío del autor. México, mayo, 1937 =

El decreto de expulsión dictado no hace muchos días por el Presidente de Venezuela, López Contreras, contra cuarenta y siete ciudadanos de aquel país, ha lanzado al exilio a una nutrida representación del pensamiento, la cultura y la Revolución en Hispanoamérica. Abogados como Gonzalo Barrios, médicos como Manuel Acosta Silva, poetas como Carlos Augusto León, escritores como Bracho Montiel, políticos como Salvador de la Plaza y Gustavo Machado (tan conocido en Cuba), periodistas, en fin, como Inocente Palacios y Raúl Leoni, pisan hoy la tierra de México por el tremendo delito de amar la libertad en un pueblo que se halla de nuevo en poder de los antiguos secuaces de Gómez, entre los cuales el propio actual Presidente es uno de los más conspicuos representativos.

Después de la efímera libertad ocasionada por la muerte del dictador, se debate Venezuela en otra dictadura: la que ejerce el Ministro de la guerra de Juan Vicente, continuador de los procedimientos implantados por éste a través de los treinta años, e instrumento dócil del imperialismo norteamericano e inglés. Irresoluto, contradictorio, enfermizo, López Contreras encarna más que el tipo del dictador unipersonal la figura del títere fácilmente manejable por la ambición de los gobernantes nativos que se hallan a su lado, como el Coronel Medina, fascista, contra quien tendrá que luchar bravamente, más que ahora contra López, la juventud venezolana, cuando el sucesor del sombrío tigre de los Andes haya desaparecido del escenario público de su país.

Yo recuerdo la fría tarde en que llegaron a México los exilados de Venezuela. En un ángulo del Zócalo, la vasta plaza de armas de esta ciudad maravillosa, esperaba un grupo reducido de revolucionarios, algunos de ellos cubanos, como Miguel Angel Fernández de Velasco y su mujer, Purita Estrada; otros cubanos casi, como Dorantes y Carrillo, que han vivido largo tiempo en La Habana, y otros en fin, compatriotas de los exilados, como el pintor Rengifo, el poeta y periodista Rojas Jiménez y el estudiante Beroes. Todos resistieron a pie firme el cortante viento de un invierno retardado, que levantaba gélidos remolinos y hacía subir hasta el cuello abrigos y bufandas. Se les esperaba a los desterrados desde las cinco de la tarde, y los automóviles que los conducían desde Acapulco arribaron al Zócalo a las ocho de la noche. Tres horas de guardia cruda, polar, que fueron compensados en seguida por la alegría de estrechar la mano a tanto hombre limpio, sincero y fuerte.

Muchos de aquellos hombres me eran conocidos. De la Plaza y Machado, por ejemplo, que vivieron algún tiempo en Cuba; Bracho Montiel, de quien había leído yo cuentos y artículos en periódicos de Venezuela; Palacios, director de *Orve*, en fin. Pero mi interés se dirigía por modo principal hacia Jovito Villalba, líder estudiantil venezolano, nervio del movimiento de protesta en su país y una de las figuras de más enérgico perfil entre los jóvenes revolucionarios de América.



Jovito Villalba

(Hacia 1931)

Villalba no tiene más de treinta años. Rubio *catire*, como dicen en su tierra—de rostro enérgico sin dejar de ser sonriente; alto, magro de carnes y de palabra despierta, produce una sensación de franqueza, de honradez, que lo hace simpático en seguida. Villalba inició su vida pública en 1928, en una fiesta de la Semana del Estudiante, en Caracas, con un discurso que pronunció en el Panteón Nacional, pieza lírica que comenzaba con unas palabras de Martí,—pero que el gobierno estimó delito suficiente para reducirlo a prisión. Puesto en libertad, participó en el cuartelazo del 7 de abril de aquel año, y aunque en los primeros momentos logró sustraerse a la acción de la policía, cayó al fin en poder de Gómez, quien lo sepultó durante siete años en La Rotunda y en el Castillo de Puerto Cabello. En diciembre de 1934, fue confinado a la isla de Margarita, su Estado natal, y después expulsado a Trinidad, en los primeros meses del año siguiente, donde permaneció hasta la muerte del tirano, en que regresó a Caracas. Inmediatamente, se hizo cargo de la Federación de Estudiantes de Venezuela, organizándola y conduciéndola a la lucha contra el gomecismo superviviente, lucha que culminó en la jornada del 14 de febrero de 1936. Ese día se efectuó en Caracas una manifestación de más de cincuenta mil personas, y fué Villalba el vocero de las ansias populares ante el Presidente de la República, y desde entonces se convirtió en el líder político de más prestigio en Venezuela, en el ídolo de las masas que es hoy. Elegido diputado federal en enero de este año por el Partido Democrático Nacional, que es la avanzada de la revolución venezolana y del cual es Secretario General, su elección, así como la de todos sus compañeros tildados de "izquierdistas", fué anulada por la Corte Federal de Casación, que se basó para ello en la imputación falsa de que los escogidos por el pueblo se hallaban afiliados a las doctrinas co-

munistas. Lanzado a la lucha clandestina de nuevo, como en los tiempos de Gómez, fué objeto de una escandalosa persecución por parte del gobierno, que llegó a ofrecer diez mil bolívares por su cabeza. Después, lo que ya es sabido: delatado y preso, el gobierno del sucesor de Gómez lo expulsó del país, obligándolo a refugiarse en México, mientras dure el término de la condena, que es de un año.

—La primera impresión que quiero transmitirle —me dice Jovito Villalba dando comienzo a nuestra charla— es la que nos produce a los venezolanos desterrados ver lo bien que se conoce en el exterior el problema de nuestra patria. Por donde quiera que he pasado, me ha sido fácil comprobar esto; y no es que nosotros nos hubiéramos ocupado en transmitir a la prensa honrada y al pueblo de América la situación de Venezuela, sino que la verdad se ha desbordado por sí misma del territorio nacional, a pesar de la mala fé del gobierno. En todo el continente se sabe ya que nuestra expulsión no se debe al conocido y gastado estribillo de "propaganda comunista", "complot contra la seguridad del Estado", etc., sino simple y sencillamente al carácter reaccionario del actual gobierno de mi país. Para nadie es un secreto que el gomecismo ha renacido allí con más fuerza que antes y con los mismos procedimientos de terror, cárceles, persecuciones de toda índole.

—De modo que usted cree que las deportaciones que ha efectuado López Contreras son una parte de su política, una táctica de lucha contra la democracia, o cosa así, ¿no?.

—Sin duda alguna. Nuestra expulsión no representa un hecho aislado y caprichoso dentro de la gestión del actual gobierno. Ella remata y asegura un proceso de reacción que se ha venido cumpliendo sistemáticamente desde la muerte del tirano. A los quince días de ésta —agrega Villalba— el antiguo Ministro de Guerra, uno de los más leales tenientes de Gómez, pretendió cumplir el programa máximo de restauración violenta y total del régimen entonces en descalabro momentáneo. Aduciéndose, como ahora, propaganda comunista, se ordenó la más desatentada persecución contra nosotros, y se decretó la Ley Marcial. El país se hallaba en completa calma, y el pueblo, que entonces estaba sacudido por un intenso ritmo revolucionario, respondió con la acción de masas...

—Creo que fué entonces —interrumpo yo— cuando se produjo la famosa jornada del 14 de febrero...

—Fué entonces. El 14 de febrero todo Venezuela arremetió contra el gomecismo: se incendiaron y saquearon las casas de los hombres del antiguo régimen; se mataron espías o *apapipios*, como ustedes dicen en Cuba... El gobierno tuvo buen cuidado de echarse atrás. Retiró la Ley Marcial. Reemplazó los más odiosos y odiados tenientes de Gómez que todavía se hallaban en el poder, promulgó, en fin, un amplio programa de gobierno, de cariz socializante. Pero en lo sucesivo, tras la cortina de humo de esa demagogia de promesas, juramentos de respeto a la ley y apa-